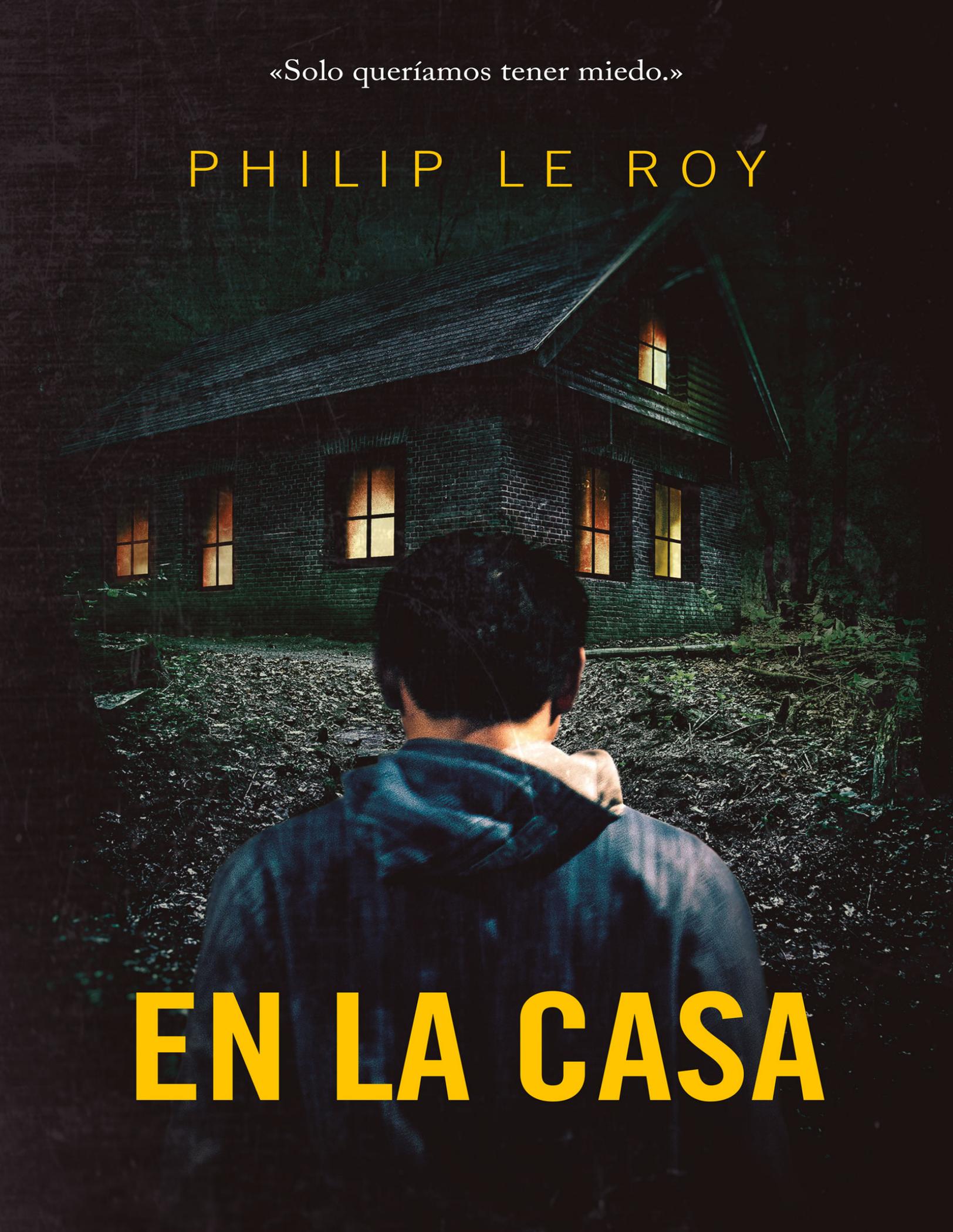


«Solo queríamos tener miedo.»

PHILIP LE ROY

A man in a dark hoodie is seen from behind, looking towards a two-story brick house at night. The house has several windows that are illuminated from within, casting a warm glow. The house is surrounded by dark foliage and trees, creating a mysterious and slightly ominous atmosphere. The overall scene is dark, with the primary light source being the windows of the house.

EN LA CASA

Philip Le Roy

En la casa

dNX

Índice de contenido

[PORTADA](#)

[PORTADILLA](#)

[DEDICATORIA](#)

[CITA](#)

[PRÓLOGO](#)

[Primera parte. LOS OCHO](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

27.

28.

29.

30.

31.

32.

33.

34.

35.

36.

37.

38.

39.

40.

41.

42.

43.

44.

45.

46.

47.

48.

49.

Segunda parte. LOS NUEVE

50.

51.

52.

53.

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS DISCOGRÁFICOS

EL AUTOR

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

¡Regístrate en dnxlibros.es y sé el primero en conocer nuestras novedades!

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Noticias y mucho más...

Comparte tu opinión en nuestras redes sociales



dnX

A mis hijas, que crecieron con el cine de terror.

¿La diferencia es una riqueza?

PRÓLOGO

¿Cómo podían haber desaparecido ocho adolescentes en el transcurso de una velada? La pregunta daba vueltas sin cesar en la cabeza de los agentes que inspeccionaban la casa vacía.

El inspector Sevrant contemplaba la hermosa construcción, un antiguo granero aislado en el Col de Vence, ahora transformado en un chalé de diseño. Faltaba acondicionar el acceso, elevar un pequeño muro y construir la piscina. Una excavación de doce metros por seis ya estaba preparada para la colocación de la pileta. Los hombres de Sevrant habían volteado los toldos, rebuscado entre las herramientas y los materiales de construcción y examinado los deslizamientos de barro provocados por las fuertes lluvias de la noche. Frustrados, se habían ido desplegando por el bosque.

Los ocho estudiantes se habían citado la víspera, por primera vez en esa mansión, que pertenecía a la familia de uno de ellos.

Sus padres los habían llevado hasta allí en coche el sábado, cerca de las seis de la tarde, y debían volver a buscarlos a la mañana siguiente. Pero, a las once del

El inspector Jean-Paul Sevrant avanzó bajo la lluvia al encuentro del subinspector.

Para poder comprender lo que los policías iban a descubrir, antes tenemos que explicar cómo se llegó a esta situación. Y solo hay una persona que pueda hacerlo: la que ha escrito este relato.

Primera parte

LOS OCHO

1.

«Los Ocho» era el nombre de un grupo de alumnos del último curso de bachillerato especializado en Artes Aplicadas del Liceo Matisse de Vence, considerado el mejor instituto de la zona en esa materia. Formaban una banda atípica, excéntrica y, sobre todo, constituida por los elementos más talentosos de la clase. El *gang swag*, los llamaban quienes los envidiaban. Un grupo de payasos engreídos, decían quienes los detestaban. A veces, incluso los profesores se veían superados por las ideas vanguardistas de estos ocho alumnos. El pequeño clan no tenía líder. Cada uno destacaba en lo suyo, y desdeñaban toda jerarquía entre ellos. Las chicas eran Camille, Marie, Léa y Mathilde. Los chicos, Quentin, Maxime, Mehdi y Julien.

Camille era guapa, rubia y rica. Todos los chicos del liceo, incluso algunos profesores, se daban la vuelta al verla pasar. Se gastaba el dinero en modelitos, zapatos, bolsos, joyas y también en la danza, que practicaba de forma intensiva. Sin embargo, era consciente de que sus pechos, demasiado grandes, le impedirían tener una carrera de bailarina. Camille era culta ya que sus padres la

habían llevado a todos los museos del mundo. Su ambición, a falta de ser la nueva Sylvie Guillem, era la de seguir los pasos de Coco Chanel.

Marie desbordaba inteligencia. Detrás de sus gafas y sus largos mechones rizados, se dejaba la vista leyendo los clásicos de la literatura fantástica y viendo películas viejas. Siempre se vestía de blanco y negro, como si viviera en el universo de Orson Welles o de Charles Chaplin (Charlot). Pocas veces se apartaba de su cámara de fotos, su tercera gran pasión. Su sueño era trabajar como técnica de efectos especiales.

Léa, pelirroja, pálida y de grandes ojos claros, era una chica hipersensible y llena de dudas, pero también tan audaz como el personaje shakespeariano de Hamlet, su ídolo. Con un don para la escultura, había desarrollado un sentido del tacto muy especial. Salía con Quentin, uno de los chicos del grupo de Los Ocho, y eso alteraba un poco el equilibrio de la banda.

Mathilde era la más descarada. Cabellos plateados, tatuajes impresionantes, ropa vintage con un toque gótico, buena conversadora, extrovertida, sin tabúes ni límites, encadenaba una conquista tras otra (así lo decía ella), bebía y fumaba, no solo tabaco.

Quentin estaba forrado. Era un niño de papá, hijo de unos arquitectos muy reconocidos que habían transformado el antiguo granero familiar en una mansión digna de figurar en la portada de la revista *Architectural's Digest*, y estaba destinado a trabajar en el estudio de sus padres después del instituto. Con sus vaqueros agujereados y jerseys gastados, mantenía un estilo de «pijipi» (pijo-hippie) con tendencia hacia lo *grunge*, para la gran desesperación de Léa y sobre todo de Camille, que lo llamaba «terrorista de la moda». Había creado un canal de

YouTube en el que se entrenaba en el «arte cómico contemporáneo». Para su examen oral de fin de año, trabajaba en una obra de arte que debía hacer reír.

En cuanto a Maxime, no se tomaba nada demasiado en serio, salvo el arte, la guitarra y la comida. De hecho, él era «el gordo» de la banda. También le gustaba el póker. Su sueño era vivir del juego para poder ejercer su arte sin preocuparse por el dinero.

Mehdi era el guaperas. Conquistador y burlón. Había logrado acostarse con varias chicas, pero con ninguna del grupo de Los Ocho. Con un don para las ventas, era capaz de hacer que un dibujo de su sobrina de cuatro años pasara, a oídos de quien lo escuchaba, por una obra de arte. Además de las chicas, le apasionaban los videojuegos. Su ambición era convertirse en subastador o curador de exposiciones, a menos que Hideo Koyima^[1] lo contratara algún día en su estudio de producción.

Julien, el octavo miembro de la banda, era un dibujante talentoso, casi siempre de cuerpos de efebos y héroes musculosos. Julien prefería a los chicos. No lo escondía, sobre todo para molestar y provocar a los homófobos, pero tampoco lo reivindicaba. Su proyecto de fin de curso era un cómic protagonizado por un superhéroe gay.

2.

—¡En tres semanas podremos montar una fiesta en el Col de Vence! —exclamó Quentin.

Había anunciado aquella noticia a sus compañeros, que conversaban animadamente en el camino de palmeras que llevaba a la entrada del Liceo Matisse, como si fuera todo un acontecimiento.

—¿Ya han terminado las obras? —preguntó Camille.

—Solo falta arreglar los exteriores y la piscina, pero dentro de la casa está todo listo. Ya hemos empezado la mudanza. Mis padres estarán en Italia. Están de acuerdo en que organicemos una fiesta ese *finde*.

—¡Sííí! —exclamó Maxime—. Yo llevo comida, guitarra y las cartas.

—Olvídate del póker, ya sabes que no me gusta —objetó Camille.

—¿Noche de *beer-pong*, entonces?

—Si por eso entiendes que vamos a beber, fumar y divertirnos, yo me apunto —asintió Mathilde.

—¿Podremos ir? —preguntó Margot, una compañera de clase que se había acercado intrigada por los gritos.

Quentin se negó inmediatamente:

—¡Fiesta privada, como siempre!

—Pues ya podrías ampliar el círculo —replicó Margot—. Para la inauguración de la nueva casa, al menos...

—¿Y por qué no invitas a toda la clase, ya que estamos?

—¿También a los profes? —se burló Maxime.

—¿Y si cambiamos las normas solo por esta vez? —sugirió Léa.

—¿Qué? ¿En serio quieres invitar a los profes?

—No, quiero decir que no estamos sistemáticamente obligados a pasar la noche emborrachándonos y divirtiéndonos a lo tonto.

—Tengo la impresión de que quieres proponernos algo original —dijo Quentin.

—A ver cómo nos lo vendes —la desafió Mehdi.

—Bueno, pero ¿nos invitas o no? —insistió Margot.

—No —respondió Quentin.

—¿Sabes por qué no podemos dejarte entrar al grupo de Los Ocho? —intervino Julien.

Recostado sobre el muro, contemplaba la transparencia de las hojas de palmeras salpicadas por el sol de primavera. Su pregunta provocó un silencio breve. Todos sabían la respuesta.

—¡Vete a la mierda! —lo insultó Margot.

—¡Lávese la boca, señorita! —subrayó Julien sin molestarse.

Margot se alejó con sus amigas encogiéndose de hombros y chocando con Clément, un alumno cuya timidez y soledad contrastaban con su altura y corpulencia. Los Ocho lo llamaban «el Gran Inútil».

—¿Vosotros no estáis hartos de las fiestas en plan estúpido? —insistió Léa.

—¿Lo dices porque el suicidio de Manon todavía te tiene mal? —adivinó Quentin.

—Bueno, no me he olvidado de que ella se sentaba a mi lado en clase hasta hace muy poco. Y ni siquiera me di cuenta de nada...

—Pues entonces no tenemos más que invitar al Gran Inútil —propuso Maxime—. Si viene podrás estar tranquila, seguro que no nos divertiremos nada.

Clément hizo como que no lo había escuchado y se sentó discretamente contra el muro, a los pies de Julien, con la esperanza secreta de que algún día lo admitieran por fin en el grupo. Clément se encontraba entre los que admiraban a Los Ocho. Él también quería pertenecer a la élite, pero, sobre todo, estaba perdidamente enamorado de Camille. De esto último todo el mundo se había dado cuenta.

—¡Una noche de aburrimiento total! Joder, sí que nos has vendido bien tu idea —soltó Mehdi a Léa.

—¿Y si organizamos una noche de terror? —sugirió Quentin, que buscaba apoyar la idea de su novia—. En lugar de hacer juegos del tipo «el que se ríe, bebe», hacemos otros en los que «el que se asusta, bebe».

—Con frases como esa no llegarás muy lejos con tu ensayo final —señaló Mathilde, concentrada en liarse un cigarrillo.

—Mira, hablando de ensayo, por ahí viene la intelectual.

Marie corría hacia ellos con un bolso en bandolera y un libro en la mano. El rostro, enrojecido después de la carrera, contrastaba con su ropa blanca y negra.

—¡Guau! ¿Hoy te has puesto algo de color, Charlot? —la increpó un compañero de clase llamado Kevin.

La burla desató una risotada de su amigo Alex. Después de lanzar una mirada de desprecio a los dos estudiantes, que tenían la costumbre de vagar frente a la puerta del instituto hasta que sonaba el timbre, Marie pasó de largo para reunirse con el grupo.

—¡Eh, Rima^[2]! ¿Tarde otra vez? —la interpeló Maxime.

—¡Ha sido un infierno! —respondió agitada—. Desde que he salido de la cama hasta aquí, he tenido que tragarme a un montón de locos al volante, autobuses retrasados, masas de trabajadores malolientes...

Recuperó el aliento para prolongar su interminable frase, gritando en la última parte.

—... y, para colmo, voy y me cruzo con esos dos futuros «ninis» que no tienen más utilidad que la de recordarnos lo miserable que es nuestra existencia.

—¡Eh! ¿Nos has llamado futuros «ninis» a nosotros? —reaccionó Kevin, que lo había escuchado todo.

—Cuando solo tienes una neurona corres ese riesgo...

Kevin y Alex se aproximaron, amenazantes.

Mehdi se acercó e intentó negociar una tregua.

—Bueno, chicos, calma.

—Entonces, que ella se disculpe.

—¿Por qué me voy a disculpar? —exclamó Marie.

—Por lo que has dicho.

—¿Qué he dicho?

—No lo he escuchado del todo, pero no sonaba bien.

—Venga, la pobre ha llegado tarde y está un poco estresada, dejémoslo ahí —alegó Mehdi.

Desgraciadamente, esa no era esa la intención de Kevin. Apuntó a Marie con un dedo acusador.

—Ya estamos hartos de que seáis tan chulitos y tan creídos, tú y tus compañeros de «Artes Aplicadas».

—¿Y qué piensas hacer para remediar eso? —preguntó Mehdi con el tono de un vendedor que trata de ponerse en el lugar del cliente.

—Daros una lección.

—Eso —aprobó Alex, que parecía pasar más tiempo haciendo pesas en el gimnasio que en clase.

—Cuando queráis —los desafió Mehdi.

Camille, Léa, Mathilde, Quentin y Maxime se pusieron detrás para apoyar a Mehdi y Marie. Entonces Clément se interpuso, superaba a todo el mundo por una cabeza.

—¡Largaos de aquí! —ordenó a Kevin y Alex.

Kevin miró los puños del Gran Inútil y se desinfló.

Justo en ese momento, sonó el timbre de entrada.

—¡Salvados por la campana! —dijo Mehdi.

—Ya os daremos vuestro merecido.

—Sí, claro, ¡pues volved pronto a para soltarnos más frases hechas como esa! —soltó Marie.

Kevin y Alex le clavaron sendas miradas oscuras antes de mezclarse entre la masa blanda de estudiantes que entraban en el instituto. Kevin se volvió por última vez hacia el grupo y les hizo el gesto de cortarse la garganta con el pulgar en señal de amenaza.

—¡Qué idiotas! —exclamó Marie.

—Y tú ten más ojo con lo que dices —atemperó Mehdi.

—Gracias por tu ayuda —soltó Julien a Léa, que no se había movido del muro.

—¿A qué querías que os ayudara? Estabais todos ahí enseñando músculos. No ha pasado nada grave, que yo sepa. Además, esos dos tíos han tenido miedo del Gran Inútil. ¡Así que tranquilos!

—Gracias por intervenir —dijo Marie a Clément.

—De nada.

—Vamos —los arengó Camille.

—¿De qué tenemos clase? —preguntó Camille.

—Dibujo —respondió Clément.

El grupo se desplazó hacia las rejas, seguido de cerca por el Gran Inútil.

—Me da pena ese chico —susurró Léa.

—¿Quién? ¿Kevin? —se burló Quentin.

—¡No, Clément, idiota!

—¿Clément idiota?

—Ja-ja-ja —Léa dejó escapar una risa forzada.

El Gran Inútil todavía no se había separado de ellos.

—Está loco por Camille —comentó Mathilde.

—La mitad del liceo está colado por Camille —subrayó Mehdi.

La atención se centró entonces en Clément, que cruzó miradas con Camille. El rostro del chico enrojeció.

—Pobrecito, se ha puesto rojo —se burló Mehdi.

—Déjalo —dijo Camille.

—Pero si es él el que no nos deja.

—Podríamos sumarlo a nuestro grupo, ¿no? —sugirió Mathilde.

—¿En serio? —se animó el interesado.

—¿Qué? ¿En Los Ocho?

—Habría que cambiar el nombre, en ese caso —soltó Marie.

—¿Como el grupo de Los Nueve? —dijo Quentin.

—No podemos —objetó Léa. Por respeto a Manon.

—¿Qué tiene eso que ver?

—A Manon le hubiera gustado ser una de los nuestros.

—¿De qué hablas? —se sorprendió Quentin—. Pero si siempre nos ignoraba.

—Porque no se atrevía a hablarnos... Incluso me pregunto si su depresión no tendría algo que ver con su soledad.

—¿Ahora nos vas a decir que se suicidó por nuestra culpa?

—No, pero nuestra indiferencia pudo sumar, como muchas otras cosas.

Julien se volvió hacia Clément.

—Eh, amigo, a ver si nos tranquilizas. ¿Tienes intención

de suicidarte por nuestra culpa?

—¿Qué?

—¡Eres un imbécil! —soltó Léa a Julien.

—¿Por qué me preguntas eso? —balbuceó Clément.

—¡Míralo, está pálido! —observó Mathilde.

—Ha pasado del rojo al blanco —destacó Quentin.

—Perdóname, tío —se disculpó Julien—. Creo que todos hemos empezado mal el día.

—Pero yo os había traído buenas noticias —les recordó Quentin.

Seguía pensando en su proyecto de fiesta en la casa del Col de Vence.

—Os he escuchado antes —admitió Clément—. Me parece genial, una noche para dar miedo. Puedo daros algunas ideas si queréis.

—¿Por qué? ¿Ahora eres un experto en sustos?

—Me gustan las películas de terror.

—¿Cuál es tu preferida?

—Ehhh... *El Exorcista*.

—Qué original.

—*El exorcista* ya no asusta a nadie—fanfarroneó Maxime.

—Pues, según tú, no hay ninguna película interesante de antes de tu nacimiento —lo atacó Marie.

—«¡El poder de Cristo te obliga! ¡El poder de Cristo te obliga!» —recitó Maxime imitando al padre Merrin en la película, cuando trata de exorcizar a la pequeña Regan.

—Dejad de burlaros de él —protestó Camille.

—Ya está, el Gran Inútil ha recuperado el rojo ahora que Camille lo defiende —notó Quentin.

—Cam tiene razón —dijo Léa—. No es divertido.

—También os puedo nombrar *Los sin nombre*, *The Ring*, *REC*, *La Maldición*, *Están entre nosotros*, *It*, *El orfanato*, *La*

huérfana, La parada de los monstruos, Las colinas tienen ojos, Profondo Rosso... ¿mejor así? —les preguntó Clément cortante.

Lo miraron como si acabara de hacer un número de claqué.

—¿Qué versión de *Las colinas tienen ojos*? —lo interrogó Mathilde.

—La de Alexandre Aja. Mucho mejor que la original de Wes Craven.

—Totalmente —aprobó Mathilde.

—No sé si lo sabéis, pero tenemos clase y han cerrado la reja —les advirtió Marie.

Quentin miró a Léa, que hizo un gesto con la cabeza para incitarlo a aceptar a Clément.

—Bueno, de acuerdo —cedió—. Estás invitado a la fiesta, Gran Inútil, pero eso no quiere decir que seas parte de nuestra banda.

3.

Las tres semanas siguientes pasaron con más lentitud para Clément y Los Ocho. Auguraban un fin de semana inquietante y fuera de lo común en el Col de Vence. Cada uno de los amigos se las ingeniaba en el mayor de los secretos para preparar algo terrorífico, lo que los distraía de sus proyectos de fin de año, a los que debían consagrarse todos los alumnos del último curso del liceo de Artes Aplicadas.

Ya estaban en el mes de abril y la fecha de la presentación oral de una obra de arte original se acercaba. El profesor que les había pedido ese trabajo era un ferviente admirador de Abraham Poincheval, un artista contemporáneo adepto de las *performances* en espacios reducidos. Poincheval se había hecho famoso por encerrarse en un hueco excavado en una gran roca durante ocho días para experimentar el proceso de fosilización, y por haber permanecido trece días dentro del vientre de un oso embalsamado para vivir en sintonía con el animal.

La enseñanza del arte contemporáneo influía mucho en las creaciones de los alumnos, que ese año debían tratar el tema de *la diferencia como una riqueza* en sus proyectos.

Algunos de ellos preferían mantener su obra en secreto. Se sabía que Camille estaba confeccionando un vestido de novia hecho de papel higiénico.

En contra del criterio de sus padres, que hubieran preferido verlo preparar un proyecto de arquitectura, Quentin trabajaba en una obra de arte que hiciera reír.

Maxime se mantenía ambiguo sobre lo que iba a presentar. A aquellos que le preguntaban respondía solamente que ya tenía el título: «Papeo, farol, ruido».

Mehdi también era dado a la provocación. «Nadie se imagina lo que voy a desvelar, ni siquiera yo, ¡pero os prometo que será algo increíble!», respondía a los que se interesaban. Y así todos tenían aún más ganas de saber lo que sería.

Julien se dedicaba plenamente a su cómic, que ponía en escena a un superhéroe enamorado de Superman. Los pocos que habían tenido el privilegio de ver algo de su trabajo estaban impresionados por la delicadeza de sus ilustraciones.

En cuanto a Clément, para hacerle la pelota al profesor, quería inspirarse directamente de Abraham Poincheval e intentaba imaginarse dentro de qué podría encerrarse para hacer una performance original.

El viernes anterior a la noche de terror en el Col de Vence, los veintinueve alumnos del último año de Artes Aplicadas recogían sus cosas pensando en el fin de semana, que por fin llegaba. Pero nueve de ellos pensaban en ello con más intensidad.

Poco después de las 18h, un enorme Audi se detuvo delante de la casa, anegada bajo la impresionante tromba de agua. Las puertas de delante y de atrás se abrieron para dejar salir un par de paraguas. Camille, su madre y Julien,

que había aprovechado el viaje, se cubrieron y se precipitaron bajo el tejadillo de la entrada, que la lluvia torrencial martilleaba con un estrépito capaz de despertar a los muertos. Quentin abrió la puerta.

—¡Entrad, rápido!

Los recién llegados se agruparon en el vestíbulo, su ropa goteaba, dejando un charco sobre las baldosas de piedra blanca.

—¡Buenas tardes, señora Souliol! —dijo Quentin al darse cuenta de que había entrado con los dos jóvenes.

—¿Has invitado a tu madre? —preguntó Maxime a Camille.

Había sido el primero en llegar y ya tenía un vaso en la mano.

—No me tranquiliza la idea de dejaros solos en esta casa —les confesó Estelle Souliol.

—Mamá, no empieces —gimoteó su hija comprobando en el espejo que su maquillaje no se había corrido.

—No hay nada que temer, señora —aseguró Quentin.

—Estáis completamente aislados. Hemos recorrido veinte kilómetros sin ver ni una sola construcción ni cruzarnos con otro vehículo.

—¿Y de qué deberíamos tener miedo? Estaremos protegidos dentro de la casa.

—¿Al menos os podremos llamar? Estoy segura de que ni siquiera hay cobertura aquí.

—Mamá, por favor.

—Mi padre instaló un amplificador celular para teléfonos móviles —explicó Quentin señalando una caja blanca en la entrada. También hay cámaras de vigilancia por todas partes, conectadas a un sistema de alarma.

—Tus padres han hecho de esta casa una vivienda magnífica.

—Son arquitectos. Cuando heredaron el granero de mis abuelos hicieron muchas modificaciones. ¿Quiere hacer una visita?

—¡Encantada!

Camille suspiró y dejó que Quentin se ocupara de su madre.

Completamente renovado, modernizado y ampliado, el granero de 120 m² había duplicado su extensión y adoptado la apariencia de un chalé de diseño, capaz de albergar una gran familia o de recibir a todo un grupo de jóvenes un sábado por la noche. La nueva distribución y la introducción de cristaleras en las paredes de piedra había ampliado las vistas y favorecido la entrada de la luz. El espacio inicial de dos niveles se había abierto y rediseñado, una escalera central unía ahora los dos pisos. La planta baja se había transformado en una especie de *loft* que hacía las veces de cocina-comedor, y tenía aires de galería de arte debido a la colección de cuadros abstrusos que había: algunos eran completamente blancos o negros, otros mostraban preguntas escritas también en blanco sobre negro, como «¿*Todo es arte?*» o «¿*Qué es una idea?*». Había esculturas con formas extrañas, delicadas o agresivas y de colores vivos, como una gran manzana rosa barnizada y mordida por la mitad que estaba colocada sobre un pilar en forma de cactus naranja. Un altillo con baranda de hierro daba acceso a los dormitorios, sobre la enorme sala. El salón parecía prolongarse en el jardín más allá de los ventanales vidriados, que en ese momento ofrecían un espectáculo de fin del mundo, en el que la noche había caído antes de tiempo.

—¿Estas ventanas son sólidas? —se inquietó la madre de Camille.

—A prueba de balas —replicó Quentin.

El aguacero resonaba contra las cristalerías como si alguien les estuviera tirando piedras. Las lonas, que protegían los materiales de construcción y la inmensa excavación de la piscina, se levantaban con las ráfagas de viento. Daba la impresión de que un ejército de fantasmas intentaba invadir el lugar.

—La piscina todavía no está construida —comentó Quentin—. Todavía estamos con la explanación del terreno.

Bajo la escalera de piedra que llevaba al primer piso, había una puerta de madera.

—¿Un armario? —preguntó la madre de Camille.

—No, da al sótano. ¿Quiere echar un vistazo?

—No, ni te molestes. Siempre me han dado miedo los espacios cerrados y los sótanos en particular. Desgraciadamente, parece que le he transmitido esa fobia a mi hija.

—Vaya, es bueno saberlo...

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Ehhh..., digamos que evitaremos pedirle a Camille que baje a buscar el vino.

—No vais a beber, ¿no?

—Nos portaremos bien, quédese tranquila. Y, de todos modos, tampoco es como si fuésemos a conducir. ¿Le muestro el piso de arriba?

—De acuerdo, pero rápido.

En el primer piso se distribuían cinco habitaciones cerradas y una inmensa biblioteca de teca, que ocupaba la totalidad de una de las paredes del altillo.

—Los dormitorios, un despacho, un gimnasio y dos cuartos de baño —comentó Quentin con el tono de un agente inmobiliario que empieza a impacientarse.

La madre de Camille recorrió con la mirada el enorme espacio lleno de rincones, nichos y habitaciones con obras

de arte increíbles. Era como un nido mullido y lujoso en medio de la tempestad que rugía en el exterior.

—No hay ninguna foto —se sorprendió.

—¿Fotos?

—De ti, de tu familia...

—Las perdimos.

—¿Qué pasó?

—Mis padres quisieron aprovechar la mudanza para deshacerse de muchas cosas. Las cajas se mezclaron y las que contenían las fotos fueron a la basura.

—¡No! ¿En serio?

—Pues sí. Pero con todo lo digital ya no tendremos ese problema.

—¿Ya está, mamá? —se impacientó Camille, que miraba desde abajo escoltada por Maxime y Julien. ¿Quieres comprar la casa o qué?

—Simplemente quiero saber dónde estoy dejando a mi hija.

—¿Estás más tranquila ahora?

—No os mováis de aquí, ¿prometido?

—¿Pero a dónde quieres que vayamos?

—Con este clima no vamos a aventurarnos fuera —prometió Julien.

Su madre besó a Camille y echó un vistazo a la puerta de entrada, que Quentin sostenía con fuerza para evitar que el viento la cerrase de un portazo.

—Puerta blindada —precisó él con una sonrisa cómplice.

La señora Souliol le devolvió la sonrisa y volvió a abrir el paraguas. Al llegar al pie la escalinata, las luces de unos potentes faros la iluminaron. Un gran 4x4 estuvo a punto de atropellarla y la señora Souliol retrocedió cegada por la potente luz. Marie, Mathilde y Léa salieron del vehículo, cargadas de bolsas. Se cruzaron con la madre de Camille,